

tiempo, como refiere la historia Tripartita, mandó el emperador Teodosio á Teofilo, obispo de Alejandria, que destruyese los templos de los gentiles, lo cual él cumplió de buena gana. Y así despues de la quema de Sérapis, fundieron otros ídolos de metal y hicieron dellos bacías, y calderas, y otros vasos para servicio de las iglesias y mantenimiento de los pobres. Pero fué desta manera, que aunque á todos los otros dioses hicieron pedazos, tuvieron respecto á la diosa Mona. Porque á esta mandó Teofilo, obispo, que guardasen sana y la pusiesen en lugar público, para que no pudiesen negar los paganos en los tiempos venideros, cuáles eran los dioses que adoraban. Y acuérdomé, dice este historiador, que Amonio, gramático, que era su sacerdote, de quien yo aprendí gramática siendo muchacho, sintió en gran manera esta injuria, y nos decía que ninguna cosa habia tanto llegado al alma de los gentiles, como no haberse deshecho el ídolo de la diosa Mona como los otros, mas haberse guardado por escarnio dellos. Y aquí vemos á la letra cumplido lo que el Señor tantos años ántes habia profetizado diciendo (k): Agora se llega el juicio del mundo. Agora el Príncipe deste mundo ha de ser echado fuera dél. Y si yo fuere levantado de la tierra, esto es, puesto en una cruz, todas las cosas traeré á mí. Este pues fué el primer triunfo de la religion cristiana contra el demonio y contra todo su poder, mediante la virtud de Cristo: el cual de tal manera deshizo y aniquiló aquellos dioses de los gentiles, que hoy dia no hay rastro ni memoria dellos. Y así se cumplió aquella profecía de Zacarías (l), en la cual promete Dios que destruirá los nombres de los ídolos de la tierra, y que no habria mas memoria dellos. ¿Qué se hizo pues aquel tan nombrado Júpiter? ¿Qué es de Vénus? ¿Qué es de Latona? ¿Qué es de Apolo? ¿Qué es de Cupido y de Baal, con todos los otros ídolos, tan reverenciados de los emperadores? ¿Qué se hicieron? ¿Dónde están? ¿En qué vinieron á parar? ¿Qué se hizo toda aquella flota de dioses, que eran cuasi tantos como todas las provincias del mundo? Pues ¿quién no exclamará aquí? ¿Quién no alabaré á aquel Señor que tan gran beneficio nos hizo, pues de tan grande y tan universal mal nos libró? ¿Quién finalmente no engrandecerá la omnipotencia del Crucificado, que así pudo alimpiar la tierra, así pudo purgar la mar, así pudo santificar el aire inficionado con el humo de los sacrificios malvados y desterrar de todo el universo esta pestilencia mortal? ¿Que así pudo abatir los dioses adorados y reverenciados de todas las gentes y ponerlos debajo de los piés de unos pescadores? Pues ¿quién no conocerá ser mayor que todo el mundo, quien así lo pudo sojuzgar?

CAPITULO XIII.

De la undécima excelencia de la religion cristiana, que contiene el segundo triunfo de Cristo, por el cual triunfó del mundo, y de todos los monarcas dél.

Despues deste primer triunfo (que fué del demonio) síguese otro no ménos glorioso, que fué del mundo y de todos los monarcas y príncipes dél: los cuales todos tomaron las armas, y conjuraron contra el reino de Cristo. De lo cual se maravilla el Profeta luego al principio de sus Salmos diciendo (a): ¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos pensaron cosas vanas? Juntáronse los reyes de la tierra, y los príncipes se aliaron con ellos

(k) Joan. 12. (l) Zach. 13. (a) Psalm. 2.

para hacer guerra al Señor, y á su Cristo rey ungido. Y dice esto el Profeta, porque vió en espíritu que todas las gentes, todas las naciones, así bárbaras como políticas, con todos sus reyes y príncipes (incitados y sopladados por los demonios que en los ídolos eran adorados) se habian de levantar y conjurar en uno en defensa de sus dioses, contra el nuevo reino de Cristo. Y esta batalla duró no por una breve temporada, sino por mas de doscientos años, en catorce bravísimas persecuciones que la Iglesia padeció en tiempo de catorce reyes, segun la cuenta de Sant Augustin en el libro diez y ocho de la Ciudad de Dios (b). Porque diez persecuciones son las que comunemente se cuentan levantadas por diez emperadores romanos. La primera de Neron, en la cual padecieron Sant Pedro y Sant Pablo, con otros innumerables mártires. Porque el ejemplo de todas las crueldades y deshonestidades, Neron, mandó pegar fuego á Roma por su pasatiempo; y para excusar el odio y invidia de tan grande crueldad, echó fama que los cristianos lo habian hecho. Y para dar color á esta falsedad, mandó matar cuantos cristianos se pudieron hallar en Roma con cruellísimos tormentos. Esta pues fué la primera de las diez persecuciones. La segunda fué de Domiciano, en cuyo tiempo fué desterrado Sant Juan Evangelista, y echado en la tina de aceite herviendo. La tercera fué de Trajano, en cuyo tiempo padecieron tres santísimos pontífices: Clemente, discípulo de Sant Pedro, y Policarpo, y Ignacio, discípulo de Sant Juan. La cuarta de Antonino Vero. La quinta de Severo. La sexta de Maximino. La séptima de Decio, que martirizó á Sant Lorenzo, y fué muy cruel. La octava de Valeriano. La nona de Aureliano. Y la décima, y muy cruel, la de Diocleciano y de Maximiano. Estas diez persecuciones fueron ántes del imperio de Constantino, que fué cristianísimo. A estas diez añade Sant Augustin la de Juliano Apóstata (c), que fué la mas perniciosa de todas; porque buscó otras nuevas artes para perseguir los cristianos, privándolos de todas las honras, y favores, y estudios de buenas disciplinas, y con otras invenciones que el demonio le enseñaba.

Otra fué del emperador Valente Arriano, que cruellísimamente persiguió los católicos, y entre ellos pretendió matar al gran Basilio, obispo de Capadocia, amenazándole por medio de un presidente suyo con la muerte, si no seguia la secta arriana; al cual respondió el santo varon: pluguiese á Dios tuviese yo alguna joya para dar á quien sacase á Basilio desta vida. Y dándole aquella noche de plazo para que deliberase lo que habia de hacer, dijo: Yo mañana seré el mismo que agora soy: plega á Dios que tú no te mudes de lo que agora dices. Todas estas persecuciones fueron de emperadores romanos. Otra fué de Sapor, rey de los persas, que adoraba el sol: el cual era muy poderoso, y muy grande enemigo del nombre de Cristo; y así levantó contra él una grande persecucion, en la cual murieron muchos santos obispos, sacerdotes, diáconos, y muchas vírgines consagradas á Cristo, y muchos de otros estados mas bajos, cuyo número llegó á diez y seis mil mártires gloriosos, que con diversas maneras de tormentos fueron coronados. Antes destas persecuciones cuenta Sant Augustin (d) por la primera la de Judea, en la cual Sanctiago el mayor por mandado de Heródes fué degollado, y el menor

(b) August. de Civit. Dei, lib. 18. cap. 52. (c) Ubi supr. (d) Ubi supr.

despeñado, y Sant Pedro preso, y Sant Estéban apedreado, y Sant Matias apóstol herido y apedreado; y finalmente toda la Iglesia de Judea perseguida por Sant Pablo, que entraba por las casas, y sacaba los fieles, y poníalos en las cárceles, donde les hacia padecer por la fe lo que él por ella despues padeció. Estas fueron las persecuciones de la Iglesia, y estos los tiranos que cruellísimamente la perseguian.

Pues para tratar agora de la grandeza y gloria deste triunfo, era menester no elocuencia de hombres (porque esta no basta) sino de ángeles, para declarar por una parte la furia y rabia de los tiranos, y las invenciones nunca vistas ni imaginadas de crueldades con que atormentaban los santos, y por otra la fortaleza, la constancia, el esfuerzo de los mártires en medio de tan cruels tormentos. Porque los tiranos no pretendian matar (porque muriendo los santos y perseverando en la firmeza de su fe, quedaban ellos vencidos y los mártires vencedores), sino querian apretarlos con tantas crueldades, que viniesen á adorar sus ídolos. Y para esto buscaban mil invenciones de tormentos, y repetíanlos unos sobre otros, hasta que á los verdugos faltaban fuerzas para atormentar, y á los mártires carnes en que recibir los tormentos. Y con todo esto, consumidos ya los cuerpos, estaban los espíritus tan enteros en la confesion de la fe, que sufrían los tormentos no solo con paciencia, sino tambien con alegría, escarneciendo de los tiranos, y burlando de sus amenazas. Y todo esto padecian, por no cometer un solo pecado mortal negando á Cristo con sola la palabra, y no con el corazon: del cual pecado al punto se podían arrepentir, y alcanzar perdon como Sant Pedro lo alcanzó (e), acabando de negar. Y esta persecucion no fué en una ciudad, ó en un reino solo, porque no hubo lugar ni rincón en la tierra que no fuese bañado con sangre de mártires, especialmente Roma, Alejandria, que era grande honradora del ídolo de Sérapis (donde padeció Sancta Catalina mártir), en Antioquia, en Nicomedia, en Cesárea de Capadocia, y en Cesárea de Palestina, en Ponto, en Helesponto, en Africa, en Egipto, en Cartago, en Zaragoza (donde padecieron los diez y ocho mártires que celebra Prudencio), en Paris (donde fué martirizado Sant Dionisio con sus compañeros), en Milan (donde lo fué Sant Sebastian), en Siracusas, en Catania (donde padecieron Sancta Agueda, y Sancta Lucía, y Sancta Ines), en Bitinia, en Acaya, en Esmirna, en Tébas, y finalmente en todas las provincias del imperio romano, que tenia el sceptro del mundo dende el tiempo de Augusto que mandó describir todas las gentes (f). Y así como los lugares eran muchos y diversos, así lo eran las diferencias de las personas que padecian; porque no solo eran hombres robustos, ó de naciones bárbaras (que no temen la muerte), sino de toda suerte de personas, y de todas las edades, de viejos, de niños, y de personas nobles y ricas, y sobre todo de vírgines delicadísimas, que con fortaleza mas que varonil sufrían tormentos nunca pensados; y de las mujeres dice Cipriano, que eran mas fuertes en padecer, que los hombres en atormentar.

§. I.

Cómo de todas suertes de estados con insaciable rabia perseguian el nombre de Cristo: inflérese su mayor triunfo.

Es tambien de notar, que no solo los emperadores

(e) Math. 26. (f) Luc. 2.

por el celo que tenían de su imperio, creyendo que sus dioses se lo habian dado, sino tambien el pueblo y la gente menuda ardian con el mismo odio contra los cristianos, por ser destruidores del culto y templos de sus dioses. De lo cual entre muchos ejemplos contaré uno solo (g): En la ciudad de Gaza, Zenon y Nectario (hermanos, no ménos en el espíritu, que en la carne) con ardiente celo de la fe destruyeron los templos de los ídolos que allí habia. Contra los cuales se ensañaron en gran manera los moradores desta ciudad, y presos con graves prisiones, los azotaron. Despues juntándose en el lugar de sus representaciones, con desordenadas voces los acusaron que habian destruido sus templos, y que otras muchas cosas habian hecho en injuria de sus dioses en los tiempos pasados. Y encendiéndose unos á otros (como se suele hacer) corrieron á la cárcel, y sacándolos los mataron cruelmente, arrastrándolos unas veces boca arriba, otras veces por las espaldas, y hiriéndolos continuamente con palos, y piedras y azotes. Oí que las mujeres salian de sus casas, y las lanzaderas de sus telares arrojaban para herirlos; y que los cocineros de las casas comunes, unos echaban sobre ellos agua herviendo, otros las ollas que cocian, otros barrenaban sus cuerpos con asadores. Pero como ya los despedazasen y quebrasen las cabezas, tanto que los sesos les echaron en tierra, sacaronlos fuera de la ciudad do suelen echar las bestias muertas, y quemando allí sus cuerpos, algunos huesos que quedaron mezclaron con las cadaveras de los camellos y de los asnos, porque con dificultad se pudiesen hallar. Pues desta manera, y con esta furia y rabia perseguian los gentiles, inspirados por los demonios que moraban en los mismos ídolos, á los que destruían esta falsa religion. En lo cual es mucho para considerar, que destruyendo los filósofos epicuros todo género de religion (h) (porque negada la inmortalidad de las ánimas y la divina Providencia, afirmando que Dios ninguna cuenta tenia con las cosas humanas, no habia para que aprovechase la religion), y con todo esto, nunca persiguieron ni á él ni á sus discípulos: ántes fué tan recibida esta falsedad, que traian su nombre esculpido en los anillos y tazas de plata, y afirmaban que este solo entre los filósofos habia alcanzado la verdad, y librado los hombres de vanos temores y miedos de los dioses. La causa desto fué, porque nada se le daba al demonio que creyesen al Epicuro, porque tan suyos eran los que le creian como los que le adoraban. Mas recibir la fe y religion cristiana, era lo que á él desterraba del mundo, y sacaba las ánimas de su poder: lo que no hacia el Epicuro.

Mas volviendo al propósito, con toda esta furia y rabia de persecuciones que se levantaron contra la Iglesia, ella quedó vencedora, y triunfó gloriosamente de todos los enemigos que con tanta fiereza la perseguian; y los tiranos con sus dioses quedaron postrados por tierra, y el Crucificado quedó victorioso y señor del campo (i): él adorado por verdadero Dios, y los falsos dioses acoceados y quemados, y echados en los muladares, como arriba contamos. Y aquí se cumplió aquella promesa del Padre Eterno, el cual hablando con su Hijo, y con su Iglesia por Esaías, dice (k): Confundidos y avergonzados quedarán todos los que pelearen contra tí. Serán como si no fuesen, y vendrán á ser destruidos los que tomaron armas contra tí. Buscarás á los que te fueron rebel-

(g) Euseb. in Eccl. Hist. (h) August. de Civit. Dei, lib. 18. cap. 41. (i) Todo el cap. 12. (k) Esai. 41.

des, y no los hallarás. Desta manera pues perecieron y se desvanecieron todos los reyes y tirannos que pretendían extinguir el nombre de Cristo y su religion. Esto nos figura aquella estatua que vió en sueños Nabucodonosor (l); compuesta de diversos metales, que significaba los cuatro principales reinos y monarquías del mundo. Pero una piedra cortada de un monte sin manos, dió en la estatua, y la hizo pedazos; mas la piedra creció tanto, que vino á hacerse un tan grande monte que hinchó el mundo. Por la cual piedra todos los doctores, así hebreos como latinos, entienden el reino de Cristo, que se habia de extender y dilatar por toda la tierra. De modo que aquella soberbia Roma, que mandaba el mundo, y crucificó á Sant Pedro, está agora subjecta á los sucesores de Sant Pedro, como á vicarios de Cristo. Y los emperadores que impugnaban este glorioso nombre, vienen agora á ser coronados, y besar el pié á este su vicario. Y así se cumple aquella promesa del Padre eterno á su sancto Hijo, al cual dijo (m): Asíentate á mi diestra, hasta que ponga á tus enemigos por escabello de tus piés. Pues ¿quién no se maravillará deste tan glorioso triunfo? ¿Quién pensara que los cristianos, que en aquel tiempo eran los mas abatidos y despreciados del mundo, habían de venir á ser señores de Roma, y tener los emperadores á sus piés? ¿Quién no verá que no se pudiera hacer esto, sino interviniendo aquí el brazo poderoso de Dios?

§. II.

De tres rosas que se han de considerar en este triunfo, y de las armas con que se consiguió.

Mas en este triunfo de los ídolos y de los tirannos que los defendian hay tres cosas de grandísima admiracion, y dignas de grande consideracion. La primera es, que el mayor beneficio de cuantos se han hecho al mundo, fué desterrar la idolatría dél, como ya dijimos. La segunda, que esta obra fué la mas reinida y mas contradicha de acabar de cuantas jamas se vieron en el mundo. La tercera, que esta victoria se alcanzó por el mas alto medio de cuantos imaginarse pudieran, y mas digno de la gloria de Dios. Pues quanto á lo primero, que es haber sido este el mayor beneficio de cuantos se han hecho al mundo, pruébase, porque segun reglas de filosofia, tanto es un bien mayor, quanto nos libra de mayor mal, y tanto este bien es mas divino, quanto es mas universal. Pues ¿qué mayor mal que el pecado de la idolatría? Y ¿qué mayor bien que librar á todo el mundo della?

Lo segundo, que esta empresa fuese la mas dificultosa de cuantas ha habido, pruébase por la contradiccion de doce emperadores romanos, señores del mundo, y de otros reyes, los cuales defendian la idolatría con tales tormentos y crueldades, que (como dice Cipriano) para el cuerpo de un mártir habia mas tormentos que miembros. Con lo cual se junta el tiempo que esta batalla duró, que fuéron docientos y tantos años, como ya dijimos.

La tercera cosa no ménos admirable, fuéron las armas con que estos valientes caballeros de Cristo pelearon. Porque no fuéron lanzas, ni espadas; no dar licencia para vicios y deleites, no dádivas grandes que suelen corromper los ánimos, no elocuencia de oradores, no sciencia de filósofos, no favores de reyes y emperadores. Pues ¿con qué armas pelearon? Con armas de vir-

(l) Daniel. 2. (m) Psalm 109.

tudes admirables, con fe firmísima, con caridad encendidísima, con fortaleza invencible, con paciencia inexpugnable, con maravillosa constancia, con summa lealtad para con su Criador y Emperador. Pues con estas armas de perfectísimas virtudes vencieron los mártires todo el poder del mundo y del infierno, y defendieron la fe y la Iglesia de la furia de los tirannos.

La fortaleza y armas destes nobles guerreros describe la Esposa en los Cantares, quando dice (n): La camilla de Salomon cercan sesenta fuertes de los mas esforzados de Israel, los cuales tienen sus espadas en las manos, y son muy diestros en pelear, y cada uno tiene su espada sobre el muslo por los temores de la noche. Todo esto es místico, todo espiritual, como todo lo demas destes Cantares. Pues esta camilla es la sancta Iglesia, en la cual dulcemente duerme y reposa en las ánimas de los justos aquel Esposo celestial, que tiene sus deleites con los hijos de los hombres (o). Y llámase camilla á diferencia de aquella cama real que él tiene en los palacios celestiales, donde reposa en aquellos espíritus soberanos. Pues esta camilla de la Iglesia cercó y defendió él del furor y armas de los hombres y de los demonios con la fortaleza de los mártires, los cuales como caballeros esforzados la defendieron, confesando la fe, y burlando de los tirannos y de todas sus amenazas, que eran los temores de la noche, causados por el príncipe de las tinieblas. Por lo cual estaban estos nobles caballeros apercebidos con estas armas espirituales de las virtudes que dijimos para defenderla. Y para mostrar cuán á punto de guerra estaban para esta defensa, no se contentó la Esposa con decir que tenían las espadas en las manos, sino añade mas, que las tenían sobre los muslos, como quien está á punto de desenvainar. Este era el ejercicio y apercebimiento de los fieles de aquella dichosa edad. Por lo cual dice Tertuliano que no se espantaban en aquel tiempo los cristianos, ni extrañaban las persecuciones de los tirannos. Porque dende el día que determinaban serlo, se estaban apercebido con estas armas para el tiempo de la batalla.

Viendo pues los emperadores esta constancia, y considerando que nada acababan por esta via con los sanctos, y que ellos quedaban corridos y vencidos, cesaban de atormentarlos. Por donde entendiendo esto el astutísimo apóstata Juliano (p) buscó otras extrañas maneras y artes para combatir la fe. En cuyo tiempo sucedió una cosa memorable á este propósito, que Rufino escribe. Acaeció, dice él, que sacrificando una vez este tiranno á Apolo en Antioquia, no pudo haber respuesta dél; y preguntando á sus sacerdotes la causa deste silencio, respondieron que estaba allí cerca el sepulcro de Babilas, mártir, y que injuriados por esto los dioses callaban. Entónces mandó el Emperador que viniesen los galileos (que así acostumbraba él llamar á los cristianos) para que llevasen de allí los huesos del Mártir. Juntóse prestamente toda la Iglesia, hombres y mujeres, dueñas y doncellas, viejos y niños, con gran alegría, vestidos de fiesta; y llevaron con solemne procesion el ataud del sancto Mártir cantando á altas voces: Confúndanse todos los que adoran los ídolos (q), y los que confían en las estatuas dellos. Estos y otros semejantes cantares sonaban en las orejas del Apóstata, que veía la triunfal procesion de los fieles, que se extendian por espacio de

(n) Cant. 5. (o) Prov. 8. (p) Eceli. hist. lib. 10. c. 11. (q) Psalm. 96.

dos leguas. De lo cual se encendió en tan rabioso furor, que otro día mandó prender á todos los cristianos, y meter en las cárceles á cuantos pareciesen por la ciudad, y allí atormentarlos con gravísimas penas. Lo cual desagradó á Salustio, su presidente (aunque era pagano); pero por el mandamiento del César lo comenzó á ejecutar. Y prendiendo á un mancebo, que acaso halló primero, llamado Teodoro, le atormentó dende el alba del día hasta la tarde con grande crueldad, renovándole unos y otros verdugos. Pero él, puesto sobre el lugar del tormento, cercado de una parte y de otra de sayones, otra cosa no cuidaba sino con rostro alegre y seguro repetir el verso del salmo que el día de ántes toda la Iglesia habia cantado (r): Confúndanse todos los que adoran los ídolos, y los que confían en sus imágenes. Viendo Salustio que era acabado el arancel de todos los tormentos que tenían de molde para dar á los fieles, y que la fuerza de su corazon se enternecia, y no podia mellar la fortaleza del Mártir, mandó volver á la cárcel, y fué al Emperador para hacerle saber lo que habia hecho, y aconsejóle que no mandase proceder contra los cristianos de aquella manera; porque á su Majestad traería confusion y á ellos grande gloria. A este Teodoro vi yo (dice el historiador desto, Rufino) despues en Antioquia; y preguntándole si habia sentido mucho los dolores, me respondió, que algun tanto le dolian las llagas; pero que estaba cerca dél un mancebo, que con unas limpias tohallas le quitaba el sudor del rostro, y le rociaba con agua fria, en lo cual recibia tan grande deleite, que mucho mas se entristeció quando le bajaron del tormento que quando le pusieron en él. Por el consejo de Salustio se contentó el Emperador con amenazar á los cristianos, que volviendo vencedor de los persas, se vengaria enteramente dellos. Y así se partió, de donde nunca volvió; porque allí fué herido y muerto, y no se sabe si por los suyos, ó por los enemigos, despues de un año y ocho meses de su mal poseido imperio. Esta es la historia que cuenta Rufino, en la cual vemos cómo la constancia deste valeroso mancebo hizo que no pasase adelante la persecucion.

§. III.

De otros dos prodigiosos testimonios desta maravillosa constancia.

Otra cosa no ménos dulce y admirable cuenta el mismo historiador, que tambien hace á este propósito. Edesa es ciudad de Mesopotamia, habitada de cristianos, y ennoblecida con las reliquias del apóstol Sant Tomé. Pasando por ella el emperador Valente, vió que los católicos (á quien él habia echado de las iglesias) hacian sus ayuntamientos en el campo: por lo cual se encendió en tanta saña, que dió una bofetada al corregidor de la ciudad, porque no los habia apartado mas léjos, conforme á su mandamiento. Pero él (aunque gentil y injuriado del Emperador) todavía dió lugar en su corazon á la natural humanidad. Y habiendo otro día de salir á destruir todo el pueblo de los católicos, tuvo maneras secretas cómo todos lo supiesen, para que se pusiesen á recaudo, y no los hallase donde los iba á buscar. Y á la mañana salió por la ciudad con grande estruendo de oficiales, y buscó todas las vias posibles, para que (si pudiese ser) pocos ó ningunos padeciesen. Pero procurando él esto, veía que gran muchedumbre del pueblo corria apriesa al lugar diputado para el martirio, temiendo cada uno

(r) Ubi supr.

no faltar al tiempo de la corona. Entre otros vió que una mujercita salia de su casa muy apesurada y tan desparvorada, que ni cerraba su puerta, ni bien se cubria el manto; y que (como mejor podia) traia de la mano un hijuelo, y á gran priesa pasaba por medio del escuadron de sus alguaciles. Entónces él, no pudiendo mas contenerse, dijo: Prendedme esa mujer, traédmela acá. Y como viniese ante él, díjole: Miserable mujer, ¿dónde vas tan de priesa? Ella respondió: Al campo donde se junta el pueblo de los católicos. Dijo el juez: ¿Pues no has oido que el corregidor va á matar cuantos allí hallare? Respondió ella: Pues porque lo he oido me doy tanta priesa, porque allí me halle. Dijo el juez: Pues ¿para qué Revas este niño? Respondió: Para que Dios le dé tan buena ventura, que muera tambien mártir. Lo cual como oyese aquel prudente varon, mandó volver la gente, y guiar el carro (en que iba) al palacio del Emperador, y entrando dijo: Señor, yo estoy aparejado para sufrir la muerte si tú me la quieres dar; pero no ejecutaré tu mandamiento acerca desta gente de los católicos. Y contando al Emperador lo que habia pasado de aquella excelente hembra, amansó él su ira y cesó la persecucion. Pues por este ejemplo veremos cómo la maravillosa constancia de los mártires vencía la furia y rabia de los tirannos, y hacia cesar sus tormentos.

Y para gloria de Cristo y de sus esforzados caballeros, añadiré otro testimonio desta inexpugnable constancia y fortaleza, con que los sanctos mártires siendo vencidos y muertos, vencieron y triunfaron del mundo. Lo cual muestra una carta del emperador Maximino (s), el cual despues de haber intentado las mas extrañas invenciones del mundo para destruir el nombre de Cristo, finalmente visto que con todas sus invenciones y crueldades no pudo vencer la constancia de los mártires, volvió la hoja y escribió esta carta, en que revoca su determinacion y leyes por estas palabras: El emperador Maximino, nunca vencido, Augusto, etc. Entre las otras cosas que por el provecho público siempre ordenamos, habiamos mandado que todo nuestro Imperio se rigiese por las leyes antiguas, y por la comun costumbre de la disciplina romana. Y por consiguiente añadimos que los cristianos, que dejaron la religion de sus antepasados, fuesen constreñidos á volver á ella. Pero somos informados que perseveran en su propósito, y con tanta firmeza, que por ninguna forma pueden ser atraídos á la religion antigua que por nuestros mayores fué instituida, mas cada uno hace la ley para sí, y en diversos pueblos usan de diversas ceremonias. Y dado que sobre esta razon fué por nos mandado que so pena de muerte volviesen á las leyes antiguas, muchos dellos escogieron ántes ser muertos con gravísimas penas, y sufrir innumerables tormentos y muertes que obedecer á nuestro mandamiento. Y porque vemos que aun muchos perseveran en la misma voluntad y propósito, que ni quieren dar honra á los dioses celestiales, ni conformarse con la costumbre de su propia tierra; nos, mirando á la mansedumbre acostumbrada con que solemos perdonar á todos los hombres, de nuestro proprio motivo queremos que á estos tambien se extienda nuestra clemencia. Por lo cual mandamos y ordenamos que les sea lícito ser cristianos, y reparen y edifiquen de nuevo sus templos en que tienen costumbre hacer sus oraciones. Hasta aquí son palabras de la carta de Maximino.

(s) Euseb. li. 8. cap. 9.

Estas pues fueron las armas con que el Salvador triunfó del mundo, que fueron armas de virtudes, armas espirituales, armas divinas; porque si Dios había de pelear, con estas armas había de pelear; y si había de vencer, con estas había de vencer. Porque no fuera tan grande gloria suya pelear con la omnipotencia de su brazo, de la manera que peleó contra Faraon y contra Senaquerib, rey de los asirios, matándole una noche ciento y ochenta y cinco mil hombres de su ejército, y despues á él por mano de sus propios hijos. Mas la gloria desta victoria fué, vencer muriendo y padeciendo; y vencer los emperadores con la constancia de doncellas tiernas y delicadas.

CAPITULO XIV.

De la duodécima excelencia de la religion cristiana, la cual contiene el triunfo de Cristo contra los que le procuraron la muerte.

La duodécima excelencia de la religion cristiana es la gloria con que Cristo triunfó de los que le procuraron la muerte, tomando venganza dellos con calamidades nunca vistas ni oídas: las cuales refiere Josefo, gravísimo historiador, de nacion y profesion judío, en siete libros que desta materia escribió, de los cuales tratamos adelante mas largamente; mas aquí referirémos la summa dellas para el cumplimiento desta materia de los triunfos de Cristo. Es pues de saber, que luego despues de la muerte del Salvador comenzaron sus calamidades por el mismo juez Pilato, que lo condenó; el cual afligió aquel pueblo que tenía á su cargo de muchas maneras. Despues del cual se siguieron otros gobernadores de aquella provincia, conviene á saber: Festo, Félix, Floro, Albino, Cestio; los cuales fueron tales, que cada uno se esmeraba en ser peor que el otro, y competir con él en maldad, y crueldad, y avaricia; y así cada uno en su tiempo afligió aquel pueblo con tantas maneras de robos, cohechos, injurias, muertes, afrentas, y otros semejantes agravios, que incitaron á los miserables hombres á rebelar contra el imperio romano, siendo tan desiguales sus fuerzas y armas contra este poder. Despues desto sucedió la venida de Vespasiano por razon deste levantamiento, el cual primeramente determinó conquistar las ciudades comarcanas, mayormente la provincia de Galilea, de la cual era gobernador y defensor el sobredicho Josefo. Donde cuasi todas las ciudades de su provincia fueron destruidas, y sus moradores captivos y muertos. Mas cuán grande haya sido el número de los unos y de los otros, no se cuenta, sino solos los de algunas ciudades. Pero puede conjeturarse por este indicio, que en la ciudad de Jotapata, que Josefo defendía, fueron muertos en tiempo del cerco y á la entrada della, cuarenta mil hombres. Y en otra ciudad, por nombre Taraguias, fueron captivos cuasi otros tantos. Pues por aquí se verá cuál sería el número de los otros muertos y captivos en las otras ciudades: en las cuales muchos mataron á sí, y á sus mujeres y hijos, por no venir á manos de los romanos, y otros se despeñaron de grandes riscos, y otros se echaron en la mar.

Despues desta conquista se siguió el cerco de Hierusalem, cuyas calamidades y desastres vencen con extrema ventaja todas las tragedias y calamidades que ha habido en el mundo. Y la hambre de los cercados fué tan grande que llegaron á comer las riendas de los caballos, y sus cintas, y zapatos, y los cueros con que esta-

ban aferradas las puertas, y otros había que comían las pajas secas, y de cualquier estiércol que hallaban se vendía un pequeño peso por cuatro dineros. Mas el número de los muertos ¿á quién no espantará? Porque murieron en este cerco parte á hierro, y parte por hambre un cuento y cien mil hombres, los cuales se habían ayuntado en aquella sazón á celebrar la pascua del Cordero, que no se podía celebrar fuera de Hierusalem. Pues ¿cuándo, dende que Dios crió el mundo, hubo jamas cerco ó batalla, en la cual el número de los muertos llegase siquiera á la mitad desta cuenta? Los captivos fueron noventa mil; los cuales guardaban unos para echar á las fieras, y otros para que se matasen unos á otros en los espectáculos y fiestas de los romanos. Tras desto se siguió luego la ruina de aquella tan insigne y tan conocida ciudad en todo el mundo, cercada de tres muy fuertes muros, y amparada con aquellas tres famosísimas torres de cuya grandeza, y fortaleza, y hermosura, tantas cosas se cuentan; mas para Dios no hay casa fuerte. Pues toda ella con sus hermosísimos palacios y edificios, y sobre todo con aquel sacratísimo templo celebrado en todo el mundo, fué abrasado y arrasado por tierra, sin quedar en ella piedra sobre piedra: de tal manera, que (como refiere Josefo) quien por allí pasara, juzgara que nunca allí hubo habitacion, ni poblacion de hombres. Y juntamente con la ciudad feneció aquel reino mas antiguo que el de los romanos, sin jamas hasta hoy ser restituido ni haber levantado cabeza.

Mas no se contentó con todo esto la severidad de la justicia divina, sino pasó aun mas adelante. Y así fueron por otro levantamiento destruidos por el emperador Trajano, y despues mas crudamente por Adriano, y despues por Valente, y agora andan derramados y desterrados por todas las naciones del mundo, sin rey, sin templo, sin sacrificio, sin sacerdote, sin orden de república, oprimidos, y avasallados, y cargados de pechos y tributos en todas las naciones. Pues segun esto podemos agora preguntar á los que así andan desterrados: Amigos, ¿qué se hizo aquella tan antigua República? Aquel famosísimo templo? Aquella orden de sacerdotes y levitas? Aquel coro de cantores? Aquellos instrumentos de músicas tan suaves? Aquellas vestiduras sacerdotales? Aquellos vasos de oro tan ricamente labrados? Aquellas ofrendas y sacrificios que todas las gentes allí ofrecían? Y (si volvemos atras) ¿aquella potencia de David? Aquellas riquezas y gloria de Salomon? ¿En qué se ha convertido toda aquella majestad y grandeza? ¿Quién derribó del cielo en la tierra el pueblo de Israel (a), tantas veces defendido y amparado por Dios? ¿Cómo no se ha acordado del estrado de sus piés en tantos años? ¿Cómo lo deja oprimir de todas las naciones? Pues ¿por qué pecado tan grande castigo? No por el de la idolatría, por el cual fueron llevados captivos á Babilonia; mas este captiverio no duró mas que setenta años, los cuales acabados fueron restituidos en su antigua república y policía. Mas agora despues de mil y quinientos años no vemos esta restitucion. Pues ¿cuál será la causa de tan largo destierro sobre tantas calamidades pasadas? ¿Qué podemos aquí decir, sino que pues Dios es rectísimo y justísimo juez (el cual por peso y medida proporciona las penas de los castigos con la calidad de los delictos), que cuanto este castigo y destierro fué mayor que el otro, tanto el pecado por que se dió es mayor? Pues di-

(a) 1. Paral. 28. Thren. 2

ganme agora todos los entendimientos del mundo, ¿qué pecado pudo haber mayor que el de la idolatría, sino la muerte injustísima del Hijo de Dios, y Señor de todo lo criado? Pues el triunfo de Cristo fué el castigo y la venganza deste pecado: el cual así como fué el mayor de todos los pecados del mundo, así fué castigado con la mayor de todas las calamidades del mundo.

CAPITULO XV.

De la décimatercia excelencia de la religion cristiana, que es ser aprobada por testimonio de doctísimos y sanctísimos varones y mucho mas de los sagrados concilios.

En todas las causas que se tratan entre los hombres, así civiles como criminales, viene á liquidarse y determinarse la verdad por el dicho de los testigos cuando son abonados. Pues tampoco nuestra sagrada fe y religion carece de testigos muy mas ciertos y abonados que todos los otros. Porque primeramente testigos son desta verdad doctísimos y sanctísimos varones, junto con los sagrados concilios. Testigos tambien son los sanctos mártires, como el mismo nombre lo significa (porque mártir quiere decir testigo) los cuales firmaron con su sangre la verdad de nuestra fe. Y testigos son tambien los milagros obrados por Dios, en confirmacion de esta verdad. Y testigos tambien no ménos abonados los profetas, y el cumplimiento de sus profecías muchos años ántes denunciadas. Destas cuatro maneras de testimonios trataremos agora, y primero del testimonio de los sanctos doctores.

Es pues agora de saber, que (como Aristóteles dice en el primer libro de su Retórica) por tres cosas damos crédito á un hombre, y creemos que trata verdad. La primera si es sabio, la segunda si es virtuoso, la tercera si es nuestro amigo. Porque del sabio presuponemos que no errará, y del virtuoso que no mentará, y de nuestro amigo que no nos engañará. Destas tres cosas las dos primeras caben en muchos doctores de la Iglesia, los cuales testificaron y defendieron nuestra fe contra todos los herejes del mundo. Entre los cuales unos hubo consumadísimos en todo género de filosofia moral, y natural, y sobrenatural, que llaman metafísica: como fué Sancto Tomas, Sant Buenaventura, Alberto Magno, Alejandro de Alés, Escoto y otros innumerables que siguieron la manera de filosofar que estos. Otros hubo que con estos estudios juntaron la flor de la elocuencia, así griegos como latinos: cuales fueron entre los griegos el Gran Basilio, y su hermano Gregorio Niseno, y su amigo y compañero de sus estudios Gregorio Nacienceno, y el contemporáneo destes Sant Juan, llamado por su grande elocuencia Crisóstomo, que quiere decir boca de oro; y el imitador deste, Teodoreto; y mas antiguo que estos, Orígenes. Entre los latinos Cipriano, Ambrosio, Agustino, Hierónimo, versado tambien en las lenguas hebrea, griega y caldea; y Lactancio Firmiano, á quien él llama río de la elocuencia Tuliana, y Arnobio; y el consumado en todas las ciencias humanas, junto con la elocuencia, Boecio Severino. Todos estos varones esclarecidos en todo género de las disciplinas y ciencias humanas y divinas, con otros innumerables (de que se hace mencion en los catálogos de los escritores eclesiásticos), despues de estar tan fundados en estas ciencias, gastaron toda la vida en tratar, enseñar, escribir, y inquirir la verdad de nuestros misterios; y todos ellos á una voz, y con un mismo espíritu los testifican, y confiesan ser esta verdad revelada por Dios.

Con esto se junta ser muchos dellos sanctísimos varones, los cuales son muy abonados testigos de la verdad; porque estando libres de toda la corrupcion de ambicion, de avaricia, y de todos los apetitos y deseos desordenados, no tenían cosa que los forciese y apartase de la verdad; la cual preciaban mas que todos los tesoros del mundo, y por falta desta pureza dijo nuestro Salvador á los fariseos (a): ¿Cómo podeis vosotros creer procurando tanto la gloria de los hombres, y no haciendo caso de la gloria de Dios? Y de los malos dijo el Sabio (b), que su malicia los había cegado y privado del conocimiento de la verdad. Lo contrario de lo cual acaece en las ánimas puras y libres de toda malicia; porque así como en un espejo limpio resplandecen mas claramente los rayos de la luz corporal, así resplandecen en la consciencia pura los rayos de la luz espiritual de la verdad. Con esto se junta, que los varones sanctos tratan siempre con Dios, que es fuente de luz y de sabiduría; la cual continuamente le piden (como la pedia David, cuando decia (c): Abre, Señor, mis ojos, para que considere yo las maravillas de tu ley); y por consiguiente á ellos mas que á otros comunica Dios el conocimiento de sus misterios. Por lo cual dijo el Eclesiástico (d), que el ánima del varon sancto atina mejor en el conocimiento de la verdad, que siete hombres puestos en atalayas para especular: queriendo por estas palabras declarar cuánto importe la pureza de la vida para el conocimiento de Dios y de sus obras. Y por esto dice el Salmista (e), que en la boca del justo está la sabiduría, y que su lengua hablará juicio.

Pero otro mayor testimonio que este tiene nuestra religion, que es de los sagrados concilios: lo uno por razon de la asistencia del Espiritu Sancto, que es el maestro de la Iglesia; y lo otro porque los testimonios de los sanctos son de personas particulares, mas el de los concilios es de toda la Iglesia universal donde se juntan todos los prelados y los mayores teólogos y letrados que hay en toda la cristiandad, y tratan con maravilloso concierto y acuerdo las cosas que han de determinar. Porque invocada primero la presencia del Espiritu Sancto, cometen á los teólogos que ventilen y disputen las cuestiones que se han de definir. Y despues otros elegidos para esto, ordenan los decretos que se han de concluir. Y esto viene otra vez á los padres para ver si hay alguna cosa que se deba añadir, ó quitar, ó mudar. Y esto hecho vuélvese otra vez á proponer lo emendado, y preguntar por los votos y pareceres de todos. En lo cual se gastan á veces muchos meses en la averiguacion de un solo decreto que es de una verdad. De modo que con tener por cierta la asistencia del Espiritu Sancto, examinan con summa industria y diligencia lo que se debe tener. Y sobre todas estas diligencias se añade la confirmacion del summo pastor y vicario de Cristo, que es el Pontífice romano. Porque ni la fe, ni la gracia, ni la confianza en Dios excluyen los medios de la providencia humana, con tanto que no estribe en ella nuestra confianza, sino en la Providencia divina. Este es un muy principal testimonio de la verdad de nuestra religion: que es de innumerables varones doctísimos, y de otros juntamente doctísimos y sanctísimos, y sobre todo de los sagrados concilios.

Deste testimonio de la verdad carecen todas las sectas que ha habido en el mundo. No hablo en la secta de los gentiles, la cual no solo no tuvo testimonio de ningun

(a) Joan. 5. (b) Sap. 2. (c) Psalm. 118. (d) Ecl. 57. (e) Psalm. 36.